

CARIMOS: testimonio de un arquitecto

ARQ. FERNANDO JULIÁN
(España)

Se necesita de la pluma de un poeta para describir en concisas palabras la atracción que la República Dominicana ejerce en mí. Al estar tan lejos de serlo necesitaré extenderme más de lo que quisiera.

Cuando por estos mundos oigo mencionar a la República Dominicana, lo primero que me viene a la mente es la incondicional lealtad de mis amigos dominicanos. Poseen esta virtud tan escasa de encontrar en nuestro Planeta. El dominicano es leal y generoso y me siento afortunado de contar con dominicanos en mi círculo de íntimos. Esto es por si solo suficiente motivo para viajar al País de Duarte, pero el visitante es regalado con mucho, muchísimo más.

Aventurarse en este sensual País es renacer, es tonificar los sentidos y embriagar la mente. No obstante si el País es la madreperla su capital es el alijófar que gestó.

Mi viejo amigo, el eminente arquitecto Eugenio Pérez Montás, llama en su reciente libro a la Ciudad Primada de las Indias, "*La Ciudad del Ozama*". Es una obra indispensable para todo aquel que quiera comprender el génesis y desarrollo de la Ciudad, además de ser un brillante testimonio no solo de la erudición del autor sino también de su palpable cariño por esta espléndida urbe.

Los europeos, hemos repetido santísimas veces que el "Nuevo Mundo" es joven y que consecuentemente solo el Viejo posee la solera que propicia la Antigüedad, que nos lo hemos ido creyendo todos. Así, irritantemente ignoramos hechos como el que la Ciudad Primada de las Indias tenía ya desde su fundación más alcurnia e historia que la villa de Madrid y que cuando se hacen los trazados de esta nueva ciudad, alemanes, francos, flamencos etc. eran todavía sociedades de gran primitivismo y barbarie.

Pasear por la Ciudad del Ozama, es una aventura del espíritu y de los sentidos. Su zona histórica rica de primicias edilicias, atrapadas en un pasado, un pasado que justifica todo esfuerzo que se haga para conservarlo ya que todos que sabemos que él no volverá. Esta urbe siempre ha sido cruel e injustamente castigada por los elementos y por los caprichos de Gaia. Parece como si el Cielo estuviera arrepentido de haber dotado a Santo Domingo de Guzmán de tanta belleza y quisiera corregir su generosidad original.

Caminar la ciudad es imperativo, caminarla lentamente es epitéreo, hay que ir levantando los velos de recientes cambios y descubrir la majestad de la obra hispana, tempranamente interrumpida por la codicia de la Corona que decidió que el oro y las riquezas estaban mas cerca de Tenochtitlan que del Ozama.

Debemos ver las ruinas de lo que fue el Hospital de San Nicolás, restos de un naufragio de espléndidas formas abandonadas por los humanos pero no por las innumerables palomas que lo custodian soplándole el “elan vital” al monumento. Quizás entretenimientos en el “hotel francés” con su bella arquitectura hispana, aunque desfigurada por una restauración poco afortunada y degradada a servir de marco decorativo a un hotel de carácter galo en donde se “refugian” los franco-parlantes.

Arriba, soberbiamente emplazadas en los altos de la Ciudad, encontramos las ruinas de lo que fue el primer cenobio franciscano en las Indias. Construcción repetidamente azotada por sismos y tormentas, quizás el Cielo quiso seleccionar a la congregación al ignorar el voto franciscano de la humildad y querer elevar sus cantos gregorianos por encima de la cátedra obispa.

En mi opinión tendríamos que buscar las causas de muchos de estos siniestros, a emplazamientos en los cuales no tuvo lugar la pertinente consulta de los zahoríes. Sin la participación del zahorí no es comprensible la historia del diseño arquitectónico de la Humanidad. Egipcios, babilonios chinos, mayas, incas, griegos y romanos practicaban la radiestesia. Incluso las Catedrales del Medievo nunca fueron emplazadas sin la ayuda del zahorí, el cual era conocedor por excelencia de la sutil energía que emana de la Tierra. Pero la Inquisición de Torquemada se ocupó de diezmar

sistemáticamente a estos conocedores empíricos de las entrañas de la Tierra, culpándolos de poseer tales cogniciones gracias a pactos con el diablo y así vemos tantos desastres ocurridos sin entera necesidad en las Indias hispanas.

Después la Plaza Colón, donde cada día, en el fresco de la mañana, me siento un rato a embeberme de la humanidad tan característica de esta urbe. Delante tengo a la Catedral arzobispal, regalo de excelentes alarifes, volúmenes sólidos soleados y fuerte variedad de sombras en un incesante espectáculo cinético visual y a los maravillosos monumentos que la tierra produjo, los "Picus" de colosal tamaño, de un verde profundo y a la vez alegre, y que cobijan con su frescor a todo aquel que busca solaz bajo de ellos.

La calle Las Damas, con su perspectiva tanto de Norte a Sur como al revés se nos parece como un fenómeno donde armonizan la nobleza humana con la dignidad de los edificios. Estos han sido en gran parte despojados de sus revestimientos y estucos lo cual precipita la erosión de la piedra caliza y otros elementos de los parámetros, no obstante estas paredes también así exhibidas sin sus acabados nos hablan todavía con mas claridad de la perennidad de la obra humana y de la lenta usura del tiempo.

La suave vista de la calle Pellerano Alfau, al igual que la del Real Clavijo es embellecida por plantas y árboles en una comunión fito arquitectónica ejemplar.

La intensa luminosidad, la cálida brisa, se unen a las vibraciones humanas del dominicano. El suave erotismo del andar de la mujer dominicana. País donde la mujer no ha olvidado el arte de serlo. La sonrisa con la que eres saludado cuando eres reconocido. Amabilidad sin servilismo, caballerosidad sin presunción.

En el cálido yunque del Caribe fue forjado un pueblo noble, con sangre de ébano, de cobre y de la latinidad heredada de la Hispania Romana. Un pueblo con un profundo fuero interno de espiritualidad y humanidad y por ello vulnerable.

En la Capital primada, se encuentran una cantidad de fenómenos insospechados; desde las esculturas que el Mar de las Antillas talla de árboles que él arrojó a la playa a los pies de Montesinos, a la gran obra de Guayasamín, en medio de fuerte cromatismo pictórico

que encontramos por doquier. Y el sibarita no puede dejar de paladear, el delicioso guarapo, el sabroso mango, la lechosa y el aguacate, el ron y la cerveza, el mofongo, el chillo y el tostón. Y al igual que la música debe ser saboreado "in situ" un sancocho o un tabaco dominicano sabe mucho mejor acá que en otros climas. Que recuerde esto el visitante al que le cuesta separarse de la dieta de su país a la cual está acostumbrado.

Y sobretodo hay que deleitarse en las diferentes librerías, sin dejarse confundir por su modesta apariencia, ya que es un mundo lleno de sorpresas. Aquí pude adquirir libros insólitos como el mejor y más completo diccionario chino que existe; compilado por grandes sinólogos de la Sociedad de Jesús, como encontré la singular obra de Cronin "Ricci descubre China" que es la historia de los primeros tanteos de evangelización en el Imperio del Dragón, obras de Ling Yutang, cuya existencia desconocía, obras de Needham y de tantos otros autores; todo esto trae consigo el peligro que uno tenga que ampliar su estadía en este fascinante país.

Que mejor que un atardecer de un domingo sentado en el Malecón, para presenciar la puesta de Helios, la cual invita a la meditación a la vez visual y metafísica sobre la necesidad de revivificar el concepto de lo antiguo. Y darme cuenta que me dejé llevar sin advertirlo por la música y canto de Juan Luis Guerra o Ruby Pérez y más tarde por la de un combo como el de Chichí Peralta.

Música, ¡ah música! Si, como dijo Goethe arquitectura es música congelada, acá se descongela, música del alma del mar más bello del Mundo se entrelaza con formas edilicias y cinéticas cromática. La música, el ritmo, la percusión y el canto se mezclan en una experiencia única.

Playas y costas pura envidia de Ulises, en algunos lugares estos parajes donde un tiempo habilitaron los caribe y los araucanos son empañados por la presencia del turista que no es visitante ni viajero. Son estos seres descoloridos que buscan un préstamo de Helios para colorear sus pigmentos con tonos de ébano sin interesarse realmente ni por el entorno en que se encuentran ni por lo que te puede ofrecer ni por la humanidad de este pueblo que no tiene necesidad de adorar al Sol y que con su toque latino tan distinto del que fue influenciado por

el anglo sajón o por el germano, se ha desarrollado a través de los siglos con una personalidad única. Este "turista" que mancilla la hospitalidad Quisqueyana bajo el lema: "vine, coloreé mi blanco imprudente y me fui" es uno de los pocos fenómenos con los cuales no simpatizo. Y aunque hay más cosas con las cuales mi percepción no se aviene, la balanza es inminente positiva.

Si una vez quedé fascinado fue cuando sobrevolé en avioneta la Cordillera con sus grandes alturas ¡cuanta majestad, natural! Ojalá algún día sepa encontrar las rutas y caminos para "andar" por estas montañas, cerros y valles, ríos, y vivir las fuentes, el calor y el frío en un vivo peregrinaje en busca del ánima taina.

Después de todo la obra del creador es mucho más hermosa que la del humano.

Febrero 2000.